

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los Robinsones

No es eso de «Los Robinsones Suizos» que ponen en televisión los domingos cuando el café no cae tan lejano. Aunque allí empiecen cada programa con lo de «Cuatro de marzo del año del Señor de mil ochocientos uno», no caen tan lejos las cosas.

Porque los tíos están que no paran, a ver si llega de una vez el barco que están deseando que llegue. Y el barco nunca llega. Y cuando parece que ha llegado, vienen los piratas y lo hunden.

Entonces se conforman como las cabras. A falta de barco, buenas son cabras. Y a criar cabras. Pero un día llega un meteorito y se mueren todas las cabras. Nada, no se puede tener cabras.

Claro que se pueden conformar con el tesoro. Un día va el niño y descubre el tesoro. Pero ¿para qué sirve el tesoro si no tienen barco, ni cabra?

Ni las gallinas. Están contentísimos porque al menos les quedan las gallinas, y un día viene el bicho malo y se come a las gallinas.

Y quieren vivir como todo el mundo, pero no pueden. Y se mueren de pena y sentimiento. Y venga a esperar, y a esperar, y a esperar...

De modo que perfectamente, cuando empieza el programa, se podría oír: «Catorce de octubre del año del Señor de mil novecientos setenta y cinco»... ■ A. B.

Jaque al Alfíl

Si don Procopio se hubiera conformado con la reposición enésima de «La malquerida» o con los exquisitos programas televisivos del «Estudio 1» no habría cogido la enfermedad que ahora tiene. Pero don Procopio, exdirector del grupo «La carátula» y del grupo escénico de la Hermandad de Obreros Católicos de San José, quiso enterarse qué era eso del teatro moderno, y como había oído hablar de la distancia, del contenido específico, de la coyuntura y la expresividad, no quiso quedarse a medio camino. Haciendo de tripas corazón se compró un abono para el II Festival Independiente del Teatro Alfíl de Madrid con la esperanza de enterarse de todo y retomar el puesto de director de «La Carátula» con más conocimiento de causa. Viendo al Roy Hart, al Living Theatre, a grupos de Yugoslavia, de Islandia, de La Coruña, de Valencia y de varios otros confines, don Procopio se prometía a sí mismo una notable mejoría de su cultura teatral.

Pero don Procopio, que no tiene costumbre de vivir su país día a día, y que se ha conformado con la teatralidad de la televisión, en lugar de ganar en cultura ha perdido en peso. Lo que ha perdido en juventud lo ha ganado en perplejidad. Porque don Procopio se iba andando todos los días a su teatro Alfíl a ver el espectáculo prometido. Y la mayor parte de esos días se encontraba con que le daban con la puerta en las narices: «el espectáculo se ha suspendido». ¿Por qué?, preguntaba ingenuo don Procopio. Y la gente le susurraba: «Está prohibido».

Cuando don Procopio llegaba al teatro veía siempre a un centenar de personas jóvenes, «con pinta de juventud sana», que diría él («porque de toda la vida ha habido juventud buena y mala»), dispuestos a verse seriamente la experiencia del día. Don Procopio estaba contento porque, además las poquitas cosas que podía ver le parecían muy interesantes y curiosas. Los días de la prohibición—de esta nueva ley seca del teatro—, estaba siempre la misma gente pero tenía una experiencia seria y aburrida. Los jóvenes se aburren de que siempre les esté pasando lo mismo.

«Pero, ¿cómo han prohibido este espectáculo si se ha estado dando en Barcelona normalmente durante el año?», preguntaba, siempre ingenuo don Procopio. Y la gente, para contestarle no sabía más que encogerse de

hombros y hablar de otra cosa. ¡Pero quién podía contestar a don Procopio! Los jóvenes teatreros no habían practicado nunca la telepatía, la quiromancia ni el espiritismo; iban por la vida absolutamente desasistidos porque sólo sabían utilizar el arma de la lógica. Y así no se puede ir por esta vida.

El estupor de don Procopio llegó al paroxismo cuando leyó en su periódico matinal que la propia empresa del teatro Alfíl había decidido interrumpir el festival. Argumentaban que con tantas prohibiciones inesperadas acabarían arruinándose y que no podían permitir que el público se desplazara todos los días con la incógnita de saber si ese espectáculo había complacido a los decisores de la complacencia ajena. Los atormentados organizadores del festival comprendieron que sólo con una suspensión general se podía alcanzar cierta coherencia y que, con todos los perdones y respetos del mundo, se bajaba el telón definitivamente...

Ahora don Procopio no sabe que hacer. Le ha cogido todo muy desprevenido. Sólo estaba acostumbrado a que una de las obras programadas en el «Estudio 1» se cambiara inopinadamente por otra. Sin explicaciones, pero por otra. Estaba acostumbrado a que un espectáculo aprobado por la censura—como los que él dirigió para «La Carátula»—estaba aprobado per saecula saeculo-

rum, y ahora era incomprensible cómo a unos grupos que se trasladaban expresamente a Madrid para representar lo que ya habían representado por todas partes, se les prohibía levantar su telón. Don Procopio está hecho un mar de lágrimas y trata de hacerse a una situación desacomostada. Como el primer día que esperaba a que abrieran las puertas del teatro y se le acercó un señor irónico que le sonreía: «¿Y usted, ¿qué espera? ¿la revolución?». Y él no esperaba nada de eso. Pacíficamente aguardaba a que le abrieran las puertas del teatro para conocer a los grupos que llegaban, para enterarse de cómo se hacía el teatro por esos mundos de Dios, para ampliar su cultura que, en la televisión le habían dicho, mejoraba el espíritu y nos hacía a los españoles mejores, más demócratas y más libres. El resultado del festival anunciado no corresponde, en la modesta opinión de don Procopio, a esas cosas que le habían dicho. Aunque ha aprendido lo que significa la autocensura. Al menos la que se aplica conscientemente. Entendió que en ocasiones es mejor retirarse a tiempo que perder la vida enfrentándose a burocracias intransigentes. Pudo aprender del festival de teatro que las cosas son muy difíciles y hasta ha empezado a intuir que la prohibición final es más ilustrativa que la técnica de Grotowski... Asustado de lo que pensaba, se quedó dormido. ■ D. GALAN

Si no quieres caldo, dos tazas

Donde no hay publicidad, resplandece la verdad. Eso se decía antes de la era del consumo, antes de que se inventaran los especialistas del anuncio con su sano saber de la psicología del comprador, con su científica astucia al utilizar los deseos callados o abiertos de quien recibe esa publicidad. Ahora, la publicidad es para todos y ya no resplandece la verdad por ninguna parte. La publicidad, pues, no ha hecho sino adaptarse a los tiempos.

En el campo del espectáculo, la publicidad siempre es graciosa. El mismo día que se anuncia el estreno de una obra teatral se repite el latiguillo de «Gran éxito». Los carteles están impresos y se aplican antes de que el éxito llegue. Y aunque no llegue, se aplican igual. El espectador ya está acostumbrado a que le engañen y no tiene necesidad de leer esos anuncios.

Los estrenos de cine tienen

